
*Identidad y poder en el fútbol:
algunas reflexiones a partir
de la experiencia jujeña*

◀ Juan Pablo Ferreiro, Sofía Brailovsky y Elisa Blanco*

“El fútbol aparece como una “arena pública” en la que se desarrollan algunos de los dramas de una sociedad y es, por lo tanto, un vehículo de su cultura. [...] Es interesante preguntarse por la eficacia simbólica del fútbol, y ver las diferencias con otras sociedades y culturas en donde este deporte es tan importante ...” (Archetti, 1984, pp. 3-4)

De las primeras reflexiones surgidas del trabajo de campo, que representan la complejidad por donde habitualmente discurre nuestra búsqueda, surge como punto de partida la de considerar al fútbol como un ritual de masas, tal vez el más potente y perdurable del siglo, expresado a través de un deporte “de combate”. Esta concepción ha sido desarrollada por diversos autores, entre los cuales se encuentran Pierre Bourdieu y Norbert Elías. Precisamente éste último nos provee a través de sus análisis una perspectiva general, desde la cual proponemos que “en todas sus variedades, el deporte es siempre una batalla controlada en un escenario imaginario, sea el oponente una montaña, el mar, un zorro u otros seres humanos...” (Elías y Dunning, 1996, pp. 68; Bourdieu, 1988).¹

En países como la Argentina, este tipo de práctica se ha transformado en un verdadero ritual político,² cuya naturaleza proponemos entender “como una tecnología experimental destinada a afectar el flujo de poder en el universo, [que] es particularmente idónea para responder a las contradicciones creadas y engendra-

* Juan Pablo Ferreiro: Antropólogo. Profesor Adjunto Ordinario. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Director del Proyecto 08/C072 “Fútbol: pasión de multitudes, guerra de símbolos”, financiado por la SECTER, Universidad Nacional de Jujuy. Sofía Brailovsky: B. S. en Cs. Pedagógicas, Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto. Elisa Blanco: Técnica Superior en Antropología. Auxiliar docente, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, miembro del mismo proyecto.

das (literalmente) por los procesos de transformación social, material y cultural; procesos representados, racionalizados y autorizados en nombre de la modernidad y sus diversas coartadas ('civilización', 'progreso social', 'desarrollo económico', 'convención' y otros semejantes)...'' (Comaroff & Comaroff, 1993.). Pero además de sus aspectos políticos, dichas prácticas y ceremonias se constituyen en un auténtico ritual de la violencia a través del cual se interpela al poder social, y al mismo tiempo sirven para poner en juego el complejo conjunto de elementos que conforman el proceso de creación y recreación identitaria, ya que a través suyo tienden a estabilizarse, a estandarizarse, pero también a disputarse, la membresía, la pertenencia y la exclusión de/a un determinado sector. Precisamente, tales particularidades definen una ambivalencia que implica considerar que todo lenguaje político es un lenguaje vinculado a los procesos identitarios, y que éstos no pueden sino ser procesos políticos,³ de manera tal que el ritual opera de articulador entre ambos polos.

Este vínculo, consustancial al origen del fútbol,⁴ se revela en toda su profundidad y extensión en el ámbito que nos toca analizar hoy. Los británicos, que trajeron el fútbol al Río de La Plata, también lo afincaron en Jujuy, de la mano de la industrialización azucarera y el ferrocarril. Allí, el registro de un primer cotejo nos retrotrae a la década de 1890, cuando británicos y criollos ya aparecían mestizados en deportivo fervor. Sobre todo en el interior del país, el fútbol se desarrolló al compás de la producción local, al principio siguiendo el camino de ésta a través de su transporte: el tren. Así nacieron buena parte de los equipos más tradicionales de la porción septentrional de la Argentina: los diversos Central Norte (Tucumán, Salta, Perico), Central Córdoba (Rosario, Tucumán, Santiago del Estero), Tucumán Central, Villa Mitre (Tucumán), Talleres (Córdoba), Mitre (Santiago del Estero), Rosario Central, etc.

Así como el ferrocarril implicaba el "disciplinamiento" y organización de la producción local, estos elementos, implícitos en la práctica del fútbol, se aplicaron sin cortapisas.

Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de disciplinamiento? Básicamente, a que el fútbol reitera la misma lógica organizacional que el trabajo industrial, disciplinado, organizado, colectivo, en el que cada hombre tiene su puesto previamente estipulado en el cual desarrolla sus capacidades. A través de esta lógica, la misma que anima las modernas sociedades democráticas, igualitarias en el derecho y profundamente desiguales en los hechos, se establecen los patrones y performances aceptables para tales roles; se regula y canaliza la violencia (de otra forma "desbordante") que implica el juego, se "enseña" a ganar y a perder, a "comportarse" en una sociedad racional y democrática, y a establecer cuáles son los vínculos reales entre el desempeño y la aspiración individuales y las necesidades y prácticas colectivas.

Basta hacer un breve recorrido por los orígenes del fútbol argentino para advertirlo. Un dato aparentemente menor, el nombre (el *quién*, como diría Américo

Castro), se muestra eficaz en la sugerencia. Designaciones como Juventud Antoniana de Salta (fundado, como su nombre lo indica, por los franciscanos a partir de la actividad deportiva colegial) o Argentinos del Norte -el “sagrado”, que comenzó como campus deportivo de un colegio religioso de la elite tucumana y cuya camiseta, significativamente, ostenta el diseño y colores de la enseña nacional- indican el sentido que proponemos.⁵ En Jujuy, más que representar la surgente industrialización nacional, lo que parecía manifestarse a través de una poética particular era la voluntad política de construcción de un sentido de pertenencia nacional. Argentino del Norte, Regimiento 20, Tiro Federal, Escuela de Artes y Oficios, Alba Argentina, General Belgrano, son algunos de los nombres-insignia de esa búsqueda de identificación con lo argentino emergente,⁶ o si se prefiere con el *ethos* nacional, como diría Eduardo Archetti. Proceso que completaba su sentido con la presencia, en el ámbito de la dirigencia y organización, de los notables del momento. Esto es, el tradicional y dominante tema del avance de la “civilización” sobre la “barbarie”, o el disciplinamiento de una mano de obra aún indócil. Conjunto éste de carácter heteróclito, que representaba en toda su extensión y con todas sus consecuencias a los ‘otros’ culturales, sociales, étnicos. Por un lado los pobladores del interior del país, que se sumaban al proceso de industrialización experimentado por la sociedad argentina, y cuya socio-categorización tradicional incluía (incluye) un contenido étnico velado (“los cabecitas negras”). Por otro los inmigrantes, europeos pobres y del resto del continente americano, quienes se fusionaban con la población nativa y eran vistos como potencialmente peligrosos (pero económicamente útiles) para los intereses de los sectores que detentaban el poder en el país. El fútbol comenzaba a actuar como un puente que, más allá de fronteras lingüísticas, étnicas, religiosas o culturales, permitía que los trabajadores expulsados por el campo se entendiesen con los trabajadores expulsados por Europa.⁷

Pero a la vez, sobre él se montaba una estrategia con fines claramente pedagógicos, esto es, de construcción y publicitación deliberadas de una clara hegemonía social y étnica, que no sólo se expresaba en la lógica de denominación, sino que además animaba a todo el proceso fundacional. En los comienzos, figuras tales como el canónigo José de La Iglesia⁸ fundaron clubes (Atlético Belgrano) que servían como mecanismo de control de la juventud,⁹ en los cuales también participaban activamente las autoridades militares de la ciudad¹⁰ y se destacaban algunos apellidos clásicos del patriciado local.

De esta manera, el proceso de control social implícito se vinculaba lógica y materialmente con las necesidades identitarias de una sociedad en estado de emergencia permanente desde su independización política.¹¹

Hacia mediados de siglo, el fútbol actualiza su contenido y organización en función de los cambios producidos en el resto de la sociedad. El desplazamiento del orden conservador-oligárquico tradicional por el populismo laborista-peronista-

ta se manifiesta en la presencia en la estructura de la liga, en carácter de representantes de clubes, de los tres caudillos más importantes de la segunda mitad del siglo: Humberto Martiarena, Horacio Guzmán y Guillermo Snopek.¹² Hoy, las vinculaciones entre el poder político y el fútbol local son fluidas y densas.¹³

Sin embargo, esta relación no se agota en el fenómeno de la “domesticación social”, sino que expresa también procesos de gestación de identidades colectivas: aún a pesar de este tipo de lógica social, dentro de tal esquema anida el conflicto potencial, ya como enfrentamiento faccioso, ya como interpelación a lo social y sus jerarquías. Precisamente, como afirma Patrick Mignon: “La popularidad del fútbol reside por igual en el hecho de que entiende tanto al conflicto como a la competición como formas normales de la vida en sociedad: se opone a todas las formas de neutralización de las relaciones entre grupos, y a la creencia en la pacificación definitiva de la sociedad. De hecho, considera que la cuestión de la relación con el otro no puede ser evitada...” (Mignon, 1998, pp. 29)

Este tipo de proceso actúa según lo que Bromberger ha denominado “lógica partisana”, la cual se funda en un antagonismo bipolar básico fundado en la pertenencia territorial, cultural, étnica, de clase, religiosa, etc.¹⁴ y, echando mano de todo tipo de señales y símbolos a fin de desacreditar y degradar al rival eventual, intenta afectar el resultado del encuentro. A ello se suma, desde luego, la exposición en forma actualizada de enfrentamientos previos y originarios de otros ámbitos. (Bromberger, 1998, pp. 74-76)

Tal es el principio que opera en categorizaciones como “cirujas/decanos; bosteros/millonarios; negros/ojitos verdes; tatengues/sabaleros, santos/quemeros, jujeños/periqueños, etc.”, algunas de las cuales no ocultan su contenido clasista, y a las cuales se suman, ya en las décadas de 1980 y 1990, otras de fuerte contenido étnico (“bostero bolita, paraguayo”) que juegan un papel importante en la redefinición de la identidad adscripta al otro, en su valoración social y en la constitución de su más completa ajenidad (social, étnica, cultural, política, etc.). Esto es lo que parece traslucirse en una nota cuyos fragmentos transcribimos a continuación:

Al considerarse una nota del Club General Belgrano en la que formula una seria protesta por un atentado contra la cultura deportiva llevado a cabo el 8 de julio en el field del stadium durante el partido realizado entre el combinado local y Atlético San Pedro, donde a raíz de una jugada prohibida verificada por el wing izquierdo del team visitante en contra de un jugador local, el público exteriorizó su desagrado por medio de gritos y silbidos, el jugador sampedreño, en forma airada e inculta, llevándose las manos a las partes genitales de su cuerpo, contestó al público al mismo tiempo que realizaba gestos obscenos. (Acta 1: p. 61, 1928)

En esta nota el Club General Belgrano dice que no es la primera vez que los clubes de San Pedro evidencian en forma concluyente que carecen de toda

noción de cultura y al efecto se recuerda el escándalo producido el año pasado en el stadium cuando los jugadores de Newell's Old Boys fueron apedreados por el público y hubo hasta tiros resultado de esta refriega: tres heridos pertenecientes al club visitante [...] los casos citados exponen la incultura deportiva de los jugadores de San Pedro y que tienen una educación muy pobre. Además que la liga en nada se beneficia en concertar encuentros con tales clubes porque ninguna enseñanza dejan a los cuadros locales, ni puede existir confraternidad y al contrario, sólo se recibe manifestaciones injuriasas... (Acta 1:62, 1928).

En realidad, lo más importante del mensaje, en este caso, no es lo que se dice, sino aquello que no se dice. La "salvajización" de los jugadores sanpedreños difícilmente podría haberse sostenido de no haber existido previamente un extendido prejuicio acerca de ellos. Lo que no se dice es, precisamente, que este prejuicio está vinculado con la presencia de una muy numerosa población aborigen¹⁵ utilizada como mano de obra en las plantaciones de esa zona de la provincia, donde se desarrolla la industria azucarera, a la vez que constituye la principal zona de asentamiento de los administradores y técnicos británicos.

Tales formas de categorización y clasificación constituyen el fundamento socio-antropológico de cualquier proceso de construcción o resignificación identitaria. Jenkins plantea que toda socialización es categorización. El reconocimiento de este hecho es decisivo en los procesos identitarios, ya que implica situar al poder, a los fenómenos de hegemonía y contra-hegemonía, en el plano de las agencias (Jenkins, 1995).

Las prácticas clasificatorias son el puente, además, entre el individuo y el grupo, y poseen también una constitución dual. En el ámbito de las relaciones cara a cara, de la interacción personal o de pequeño grupo, se puede reconocer un doble mecanismo de clasificación: el primero se vincula a la designación de la que es objeto un individuo en relación a un colectivo mayor, que puede remitir al ámbito del género, de lo étnico, de lo socio-laboral, de lo local, de lo deportivo, etc. Se reconoce a través de ésta una pluralidad de identidades que habitualmente se segmentan de manera jerarquizada. El segundo, en cambio, involucra las consecuencias prácticas de las designaciones anteriores en el ámbito de la experiencia cotidiana. De esta forma, un conjunto de categorizaciones específicas -por ejemplo hincha de Boca Juniors y originario de una provincia interior- puede tener consecuencias totalmente distintas para los agentes que la ostenten dependiendo de las situaciones específicas a las que se enfrenten.

El segundo aspecto de esta dualidad se relaciona con el ámbito que supera las relaciones cara a cara, donde los individuos y los grupos a pequeña escala se vinculan con otros similares constituyendo colectivos mayores. En este nivel, esta forma particular de configuración social generadora de procesos identitarios que es una hinchada, comienza a funcionar como lo que B. Anderson denominó *co-*

munidad imaginaria.¹⁶ Es imaginaria porque su tamaño supera habitualmente el contacto cara a cara, y en consecuencia sus miembros no se conocen unos a otros personalmente aunque todos forman parte de esa imagen colectiva. Es *limitada*, aunque su volumen pueda ser muy grande (el caso de las grandes hinchadas de extensión nacional como Boca, River, etc.). Posee límites o fronteras más allá de los cuales se ubican formaciones semejantes y por lo tanto rivales. Al mismo tiempo, reclama al menos simbólicamente un territorio que le es propio y original (Boca y su barrio porteño, Ciudadela y San Martín de Tucumán, Villa Crespo y Atlanta, Cuyaya y el barrio homónimo en San Salvador de Jujuy, Talleres y Ciudad Perico, Lavalle y el barrio Mariano Moreno, etc.). Reclama, por tanto, ser una comunidad más allá de la existencia de ubicaciones física, social y económicamente diferenciadas; más allá de la existencia de dirigentes, dirigidos e hinchas que remiten a diferencias de clase o sectores de clase (Anderson, B., 1993, pp. 6). A su vez,

La relación entre los grupos es, para decirlo de algún modo, no natural: es el contacto externo azaroso entre las entidades que tienen sólo un interior (como una mónada) y ningún exterior o superficie externa, con excepción de esta circunstancia particular en la que es precisamente el borde externo de lucha, no del grupo —mientras permanece irrepresentable— el que roza con el del otro. Hablando llanamente, entonces, deberíamos decir que la relación entre los grupos debe ser siempre de violencia, dado que la forma positiva o tolerante que tienen de coexistir es apartarse uno del otro y re-descubrir su aislamiento y su soledad. Cada grupo es, por lo tanto, el mundo entero, lo colectivo es la forma fundamental de la mónada, que carece de ‘ventanas’ y de límites (por lo menos desde adentro) [...] Porque el grupo como tal es, necesariamente, una entidad imaginaria, es decir, ninguna mente individual es capaz de intuirlo concretamente. El grupo debe abstraerse o fantasearse sobre la base de contactos individuales aislados y de experiencias que nunca pueden ser generalizadas si no es de forma burda. Las relaciones entre los grupos son siempre estereotipadas en la medida en que implican abstracciones colectivas del otro grupo más allá de cuan adocenadas, respetuosas o liberalmente censuradas sean. (Jameson y Zizek, 1998, pp. 104-105)

Algunos de estos estereotipos, los que poseen un contenido étnico valorativo, se asocian al proceso de migraciones regionales hacia la Argentina acentuado por las políticas neoliberales aplicadas en todo el continente. El resultado se manifiesta en las conductas de los aficionados y en la composición de los distintos equipos del fútbol nacional. Debido a sus cercanías geográficas y a la composición de sus planteles, éstos comenzaron a asociarse con determinadas corrientes migratorias nacionales: por ejemplo, el recordado caso del hoy desaparecido club Mandiyú, de la provincia de Corrientes, que llegó a tener en sus filas a tres seleccionados paraguayos (a pesar de que este club era en realidad un emprendimiento deportivo-comercial de una empresa algodonera cuyos propietarios eran de ori-

gen armenio); o el caso que más interesa a nuestros fines, el de Gimnasia y Esgrima de Jujuy, que al llegar al Nacional B de la AFA durante los '90 ya es categorizado como un equipo "boliviano", a pesar de que la inclusión de jugadores de esa nacionalidad recién comienza a darse una vez ascendido el equipo a la 1ra división, a fines de esa década, y del hecho de que desde su fundación es reconocido como el equipo de los "turcos", la comunidad sirio-libanesa local, ayer representativa de la inmigración "pobre" y hoy sinónimo de ascenso social exitoso.

Este tipo de prácticas es particularmente visible en, con y para los simpatizantes jujeños en el contexto de la primera división del fútbol argentino, pero también son reproducidas a nivel local al acentuar la división entre los equipos de la capital vs. los equipos del interior: por ejemplo al identificar a los simpatizantes de Talleres de Perico con la inmigración boliviana,¹⁷ y en general con lo ajeno a la ciudad de Jujuy. Este tipo de categorización, que funciona eventualmente como un estigma, también actúa en los enfrentamientos interprovinciales, por ejemplo con equipos y simpatizantes de la provincia de Salta, con quienes existe además una rivalidad tan marcada que podría definirse como co-constituyente de la identidad futbolística local. Allí son los salteños quienes acusan a los jujeños de ser bolivianos, mientras que ellos mismos, mediante un desplazamiento semántico, pueden sufrir la misma acusación cuando juegan contra otros equipos del país (por ejemplo, tucumanos y cordobeses en el Nacional B).

Tales mecanismos, sobre todo cuando están enmarcados en una situación de profundos cambios estructurales a nivel nacional y regional, resultado de la aplicación de un programa gubernamental neoconservador, generan fuertes conflictos intra-sectoriales. Dichos antagonismos van desde el enfrentamiento larvado al choque frontal y violento entre tipos particulares de hinchas (*barras bravas*). En algunos casos tales disputas pueden establecerse alrededor de rivalidades tradicionales entre grupos similares, y en otros pueden constituirse en abiertos enfrentamientos con la autoridad pública, en disputa por el monopolio legítimo de la fuerza. Dichos fenómenos, vinculados a lo que en la teoría social anglosajona se ha denominado *hooliganismo*, delimitan áreas de conflicto en torno a grupos de edad, género, ocupación, pertenencia política, origen territorial y/o étnico, grupos de status y adscripción de clase.

Pero además se torna decisivo para un análisis de este tipo considerar que el fútbol, además de ser un hecho socio-antropológico de masas, es también un producto de consumo. Posiblemente se trate de *el producto* de consumo de fin de siglo si atendemos a los volúmenes de dinero y público que afecta, generando además de lo ya expuesto una dinámica particular a su alrededor.

El fenómeno del fútbol como massmediático, masivo y universal es relativamente reciente. Su comienzo efectivo puede tal vez situarse durante el Mundial de México, en 1986, y acompaña al -o es efecto del- proceso general de instauración de un orden neoliberal promovido desde los países más desarrollados. Uno

de los efectos principales es el abandono del Estado de su rol tradicional de contralor, con la consecuente modificación de la noción de Estado-Nación, instancia históricamente clave en la constitución de identidades regionales y nacionales. El espacio abandonado por el Estado fue ocupado progresivamente por el mercado, el cual inficionó todos los ámbitos con su lógica, lo cual implicó la generalización y desarrollo de la noción de consumo y su agudización a partir de la crisis.¹⁸

Uno de los efectos sociológicamente más importantes ocurridos como consecuencia directa de ello ha sido la modificación de la noción de “ciudadanía”, junto con la importancia creciente de la noción de “consumidor”.¹⁹ En esto hay, según la opinión de algunos autores como García Canclini, un desplazamiento del desempeño ciudadano hacia las prácticas del consumo (García Canclini, *op.cit.*).²⁰

Ello tiene efectos evidentes en la conformación de las identidades involucradas, y en consecuencia también sobre la constitución y reconstitución de los grupos de consumidores-aficionados (hinchas). Se trata además no ya de un proceso unidireccional, sino de un complejo sumamente dinámico de flujos y reflujos. Este conjunto de fenómenos inter-vinculados, que designaremos como “globalización”, expresa toda su carga de ambigüedad precisamente en los procesos identitarios. En su composición se reconoce por un lado la conjunción de las fuerzas de integración socioeconómica y política que se traducen en una lógica globalizante: la transformación de todo el mundo, por parte de los estados modernos y la economía, en un mercado de consumo gigantesco y en un nuevo sujeto, el “consumidor universal”. Paralelamente, ese mismo proceso generativo demuestra ser completamente ineficaz para contener y orientar el sentido que adquieren la transformación y recreación de las identidades personales y grupales.²¹

La causa principal de esta situación es que el consumo se realiza y efectiviza en términos locales y socioculturales de escala más restringida. Es en este último nivel donde se producen su fragmentación y jerarquización, ya que implica el reconocimiento del valor público de un bien o servicio, y por lo tanto reclama una toma de posición que define niveles de integración y distinción/exclusión dentro de una configuración social dada. En este sentido resulta muy útil atender a la reflexión propuesta por De Certeau, quien considera que

A la producción de los objetos y de las imágenes, producción racionalizada, centralizada, ruidosa, espectacular y expansionista, corresponde otra producción disimulada en forma de consumo, una producción astuta, dispersa, silenciosa y oculta, pero que se insinúa por doquier. Esta producción no queda marcada por productos propios, sino que se caracteriza por maneras propias de emplear los productos difundidos e impuestos por un orden económico dominante. [...] La producción del practicante está enmascarada por el producto que utiliza sin haberlo fabricado. Por la manipulación que hace del producto el practicante es el autor de una producción secundaria que se oculta

en el proceso de utilización. [...] Los usuarios trafican con y dentro de la economía cultural dominante (De Certeau, en Alabarces, 1997: 296)

Pero ese ejercicio de apropiación que implica el consumo, atendiendo a la ya señalada ambivalencia del fenómeno, indica por un lado el carácter limitado y fragmentario de los agentes históricos en esta etapa,²² y por otro que la diferencia y la desigualdad cultural y social, y sus desarrollos identitarios resultantes, se originan en ese nivel pero no se resuelven, sino que remiten al proceso general altamente complejo que las subsume en un conjunto de prácticas y lógicas universalizantes. La identidad, entonces, es el resultado de esa tensión global-local, y servirá para distinguir a los agentes involucrados a partir de un cierto conjunto de *habitus* vinculados de manera directa con el consumo y con las prácticas a él asociadas.

Aún cuando no fue Bourdieu quien propuso este término originalmente, tomaremos su conocida formulación por tratarse de la más desarrollada y la que ayuda a comprender una mayor cantidad de fenómenos, y por permitir, finalmente, la vinculación entre lo estructural y la práctica de los agentes concretos.²³

En este contexto, entonces, cabe decir que asistimos a una verdadera explosión de identidades como producto de la disolución de los lugares desde los cuales los sujetos universales hablaban. Lejos de implicar la desaparición de los grandes colectivos identitarios, como las clases,²⁴ su valor explicativo como categoría macro-social se ha reducido, y su misma participación en tanto que constitutiva del sujeto histórico también se ha modificado sustancialmente. Sin acudir en su reemplazo, pero sí desplazándola del centro de la escena, ha tenido lugar la emergencia de la multiculturalidad, un universo social “estallado” en múltiples fragmentos, cada uno de los cuales es o puede ser agente o detonante de procesos identitarios de género, etnia y/o clase.

En este sentido resulta útil

pensar el fútbol como lugar donde la actuación ritual es un componente fundamental [porque] permite poner en acción la categoría y dispararla hacia nuevos problemas; si las sociedades post-industriales nos hablan de homogeneización, globalización, homeostasis, podemos discutir de qué manera prácticas culturales especialmente señaladas por grandes escenarios ritualizados (y masivos) fragmentan el continuum global para demarcar territorios espaciales y simbólicos donde ejercitar y constituir identidades operativas... (Alabarces y Rodríguez, *op. cit.*: pp. 82)

Los ámbitos así constituidos requieren de los agentes participantes el desarrollo de estrategias políticas, esto es, de vías diversas de vinculación con el poder social. En consecuencia, es en la articulación/separación entre estos diversos fragmentos, en la frontera entre un “nosotros” y un “otros”, donde se sitúa el punto nodal de nuestro interés, ya que constituye el modelo configuracional básico

sobre el que se asientan los fenómenos arriba comentados y es además el nexo conceptual que vincula el ámbito de la estructura²⁵ con la performance individual. Es necesario aclarar aquí que partimos de una perspectiva que articula al hombre y la sociedad no como entidades reificadas y aisladas, sino como dimensiones constituyentes de un mismo proceso. Aún siendo determinadas por éstas, las acciones individuales nunca son enteramente reductibles a fuerzas sociales, que no son la mera suma de los actos individuales.

Así, las diferencias entre “nosotros” y “otros” pueden (y en este caso deben) observarse como una configuración cambiante, en el sentido en que la definiera Elías:

Lo que se entiende aquí por figuración es el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones en sus relaciones mutuas. Como se ve, esta figuración constituye un tejido de tensiones. La interdependencia de los jugadores, que es la premisa para que constituyan entre sí una figuración específica, es no sólo su interdependencia como aliados sino también como adversarios.

Se reconoce mejor el carácter de una figuración como tejido de juego en el que puede existir una jerarquía de varias relaciones ‘yo’ y ‘él’ o ‘nosotros’ y ‘ellos’ si se piensa en un partido de fútbol... (Elías, 1982, pp.157).

De este modo, proponemos comprender al fútbol como “una ficción, un modelo, una metáfora” de la estructura social jujeña, tal como presenta Geertz a la riña de gallos balinesa, aunque en nuestro caso consideramos que el fútbol sí mitigará o exacerbará las pasiones sociales dependiendo de la situación.²⁶

Esta diferencia esencial con el planteo de Geertz significa reconocer que las relaciones al interior de y entre los grupos que forman parte del “ocio rigurosamente vigilado” se fundamentan en muchos casos -y éste es uno de ellos- sobre la exclusión y la subordinación de unos a otros. (Geertz, *op. cit.*)

El fútbol es un universo con categorías propias de conocimiento, donde están presentes la política, la economía, la ética, la estética. Pero éstas, lejos de obstaculizar las percepciones o las gratificaciones que como jugador o como espectador nos depara, las dirigen, amplifican y dramatizan.

Bibliografía

- Actas de la Liga Jujeña de Fútbol*, libro 1, año 1928
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol / deporte / sociedad / cultura* (Buenos Aires: Atuel)
- Alabarces, Pablo 1997 “Intersticios, alteridades, tráficos. Apuntes para una teoría de la cultura de las clases populares”, en Margulis, M. y Urresti, M., *La cultura en la Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires: CBC-UBA), pp. 289/300
- Anderson, Benedict 1993 *Imagined Communities* (London: Verso)
- Archetti, Eduardo 1984 “Fútbol y Ethos”, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras Secretaría de Publicaciones, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires)
- Archetti, Eduardo 1985 “Fútbol, violencia y afirmación masculina”, *Revista Debates* (Buenos Aires, abril-mayo, N° 3)
- Augé, Marc 1995 (1994) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1988 (1987) *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa)
- Bourdieu, Pierre 1997 (1994) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; (Barcelona: Anagrama)
- Comaroff, Jean & Comaroff, John 1993 *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa* (Chicago: Chicago Univ. Press).
- Elias, Norbert y Dunning, Eric 1996 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: F.C.E.)
- Elías, Norbert 1982 (1970) *Sociología Fundamental* (Barcelona: Gedisa)
- Galeano, Eduardo 1996 *El fútbol a sol y a sombra* (Buenos Aires: Siglo XXI)
- García Canclini, Néstor 1995 *Ideología, cultura y poder* (Buenos Aires: F.F. y L.-C.B.C.-UBA)
- Geertz, Clifford 1987 (1973) *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa)
- Jameson, Fredric y Zizek, Slavoj 1998 *Estudios multiculturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (Buenos Aires: Paidós)
- Jenkins, Richard 1995 *Rethinking ethnicity* (London, Verso)
- Karasik, Gabriela A. y Benencia, Roberto 2000 “Apuntes sobre la migración fronteriza: trabajadores bolivianos en Jujuy”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, (Buenos Aires), n° 40

Marcus, George 1994 "Notes on the hyperinterest in questions of identity in contemporary social and cultural analysis, with some comments on trends in Latin American studies", *VIº Coloquio Internacional Identidad y Cultura en los Andes*, Grupo de Trabajo de Historia y Antropología andinas-CLACSO, Centro Bmé. de las Casas-UN Jujuy.

Martínez De León, Hugo 1999 *El superclásico. Boca-River: historia y secretos de una pasión* (Buenos Aires: Grijalbo)

Notas

1. En este sentido, y continuando con el análisis desarrollado por los autores, entendemos que tal tipo de mecanismos se debe a que "La naturaleza mimética de un enfrentamiento deportivo como una carrera de caballos, un combate de boxeo o un partido de fútbol, se debe a que ciertos aspectos de la experiencia emocional asociada con una lucha física real entran en la experiencia emocional que brinda la lucha 'imitada' de un deporte. Pero en la experiencia deportiva, lo que sentimos durante una lucha física real es trasladado a un mecanismo de transmisión distinto. El deporte permite a la gente experimentar con plenitud la emoción de una lucha sin sus peligros y sus riesgos..." (Elías y Dunning, *op.cit.*: pp. 65)

2. Remitimos para un análisis detallado de este punto a los trabajos de Eduardo Archetti, 1984 y 1985, y también a los diversos artículos editados por Alabarces y Rodríguez, 1996.

3. Nuestra posición representa una enfatización de un planteo realizado originalmente por Marc Augé, quien propone que "La actividad ritual en general conjuga las dos nociones de alteridad y de identidad y apunta a estabilizar las relaciones siempre problemáticas entre los hombres [...] El lenguaje de la identidad es un lenguaje ambivalente en el sentido en que es ambivalente una realidad que junta dos cualidades: puede uno ser una persona privada y una persona pública [...] El lenguaje de las pertenencias o de las identidades de 'clase' esencializa las categorías y presenta las cuestiones atendiendo a la inclusión y a la exclusión [...] Ya se trate del lenguaje del consenso, ya se trate del lenguaje del terror, el lenguaje político es un lenguaje de la identidad. Sin duda, se puede aventurar la idea de que todo lenguaje de la identidad, inversamente, tiende a ser político..." Augé, 1995: pp. 84/5. Una posición similar, aunque partiendo de otras referencias teóricas, es manifestada por Alabarces y Rodríguez, *op.cit.*

4. El proceso que dio origen a la mayoría de los deportes masivos actuales tuvo lugar en Inglaterra entre 1820 y 1840, como vía para controlar el "desorden" colectivo generalizado que existía en los colegios de la elite británica de aquel entonces.

5. Tampoco parece casual que en las tres provincias del Noroeste Argentino (NOA) donde se desarrolló de manera central la expansión ferroviaria y agroindustrial (Tucumán, Salta y Jujuy) se encuentren sendos clubes con este nombre. En el caso jujeño, esta divisa ya no se conserva.
6. La lista completa de los equipos fundadores de la liga Jujeña de Fútbol en 1928 es la siguiente: Argentino del Norte; Regimiento 20; Escuela de Artes y Oficios; Juventud Antoniana; Alba Argentina; Juventud Unida; Sportivo Comercio; Mariano Moreno; Sportivo Comercio (La Mendieta); General Belgrano; Independiente; 23 de Agosto. Sólo uno de los nombres, Sportivo Comercio, no está vinculado a esta épica nacional-local, aunque representa a la actividad más característica de la región desde su misma fundación.
7. O como lo expresara poéticamente Eduardo Galeano: “el esperanto de la pelota unía a los nativos pobres con los peones que habían atravesado el mar desde Vigo, Lisboa, Nápoles, Beirut o la Besarabia y que soñaban con hacerse la América levantando paredes, cargando bultos, horneando pan o barriendo calles.” Galeano, E., 1995: pp. 33-34.
8. No parece una mera coincidencia que de La Iglesia haya sido, también, vicario foráneo que atendía la diócesis de Ocloyas, poblada por aborígenes. En realidad, desde nuestra perspectiva ambas actividades parecen confluir en un mismo significado histórico, político y social.
9. Es fácil advertir en maniobras como ésta la huella de antecesores que, con idénticos fines, crearon clubes de relevancia nacional. Basta recordar al sacerdote Lorenzo Mazza y a sus “Forzosos de Almagro”, que con el tiempo se transformarían en San Lorenzo de Almagro, el “cuarto grande” del país detrás de Boca, River e Independiente.
10. Esta presencia del poder militar/izado se advierte hasta en su ausencia. Por ejemplo: ante un partido amistoso con un combinado boliviano, en la necesidad de convocar a todos los jugadores del combinado local, el delegado del club Artes y Oficios, Dr. Héctor Carrillo propone “declarar ausente a todo jugador que sin motivo justificado deje de concurrir al acuartelamiento [sic] por dos noches consecutivas o tres alternadas, debiéndose computar cada dos llegadas tarde sin justificación, por una falta completa.” (Acta 1: p. 114). Ni en el plantel ni el en cuerpo técnico había ningún militar; pero “la concentración” se realizaba en el Regimiento nº 20 de Infantería de Montaña “Cazadores de Los Andes”. Esto viene a demostrar, por una vía indirecta, que el DT y las concentraciones no son “inventos modernos”, sino que responden a una lógica bastante precisa, vinculada a la función original del fútbol-deporte, relacionada estrecha y directamente con la “disciplina” corporal y moral.
11. Este es precisamente el sentido que le otorgan también otros estudiosos del tema: “los estados modernos latinoamericanos necesitaron echar mano de

formantes tradicionales y populares —en el más estricto sentido de clase—: así proyectan samba, carnaval y fútbol en mitos brasileños, así transforman gaucha, tango y fútbol en emblemas de argentinidad. Dejando de lado las discontinuidades y no simultaneidades de estos procesos, lo que sí permanece es la visión de los caminos modernizadores como complejos, transactivos, no unidireccionales. La resultante: una identidad nacional, aunque propuesta desde el poder, no necesariamente debe ser administrada por él; las posibilidades de su polisemia mantienen su funcionamiento autónomo de imposiciones de sentidos absolutos, de bajadas de línea monolíticas y aparatadas.”Alabarces y Rodríguez, 1996: pp. 32.

12. Estos tres personajes representan a los tres grandes caudillos históricos de la política local. Los tres fueron gobernadores en distintos períodos. Martiarena y Snopek por el Justicialismo, Guzmán por el Movimiento Popular Jujeño.

13. En las últimas elecciones nacionales se presentaron en una misma lista, auspiciada por el Partido Justicialista, el presidente de Gimnasia y Esgrima, Ulloa; el caudillo político y dirigente histórico del Club y barrio de Cuyaya, José Nassif; y el ex-integrante de la Comisión Directiva del Club Gorriti, Ibarra. Por otra parte, en algunos casos la campaña de ciertos candidatos se basó en “bancar” económicamente la actividad y/o parte del plantel de algún equipo de su localidad. Tal el caso del apoyo explícito brindado por un ex-intendente de la ciudad de Perico a la campaña del club Central Norte de Santo Domingo, que finalizó abruptamente al ser derrotada su lista en las elecciones. Finalmente, mientras escribimos estas líneas, otro Martiarena, descendiente del viejo caudillo populista, asume como presidente de la liga jujeña de fútbol.

14. Este mecanismo, su institución e historia, han sido descriptos para el caso Boca-River, San Isidro-Barracas, por Martínez de León, 1999.

15. Los grupos mayoritarios presentes en esa zona, que sirvieron como mano de obra barata para el sistema de los ingenios azucareros fueron Toba, Wichí (conocidos como Mataco) y Chiriguano-chané (denominados despectivamente “chaguancos”)

16. “En los hechos, todas las comunidades mayores a las aldeas primordiales establecidas sobre el contacto cara a cara (y quizás aún estas también) son imaginadas. Las comunidades se distinguen, no por su falsedad o autenticidad, sino por el estilo en el que son imaginadas...” Anderson, Benedict, 1993: pp. 6

17. La ciudad de Perico, principal núcleo urbano de la zona agrícola-industrial más importante de la provincia y segunda en relevancia en el territorio, es el segundo destino histórico más buscado por los migrantes de origen boliviano en Jujuy (Karasik y Benencia, 2000).

18. En el caso jujeño, uno de los resultados de este complejo proceso fue la modificación de la estructura urbana de la ciudad, lo cual conllevó la fragmentación del espacio y su rearticulación en nuevas unidades, habitualmente no coincidentes con los espacios previamente existentes. Esto implicó la modificación del sentido de pertenencia territorial para vastos sectores de la ciudad, y también la identificación con el “equipo del barrio”.

19. Un análisis pormenorizado y agudamente crítico de este proceso es el proporcionado por F. Jameson, quien analiza las consecuencias de la “univervalización” de la figura del consumidor. (Jameson y Zizek, *op.cit.*)

20. Es de utilidad para nuestro trabajo el análisis que dicho investigador ha realizado sobre el particular, ya que prefigura la necesidad de integrar la dimensión conductual y la estructural, lo cual es intención manifiesta de la presente investigación: “ser ciudadano no tiene que ver sólo con los derechos reconocidos por los aparatos estatales a quienes nacieron en un territorio, sino también con las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y hacen sentir diferentes a quienes poseen una misma lengua, semejantes formas de organizarse y satisfacer sus necesidades [...] Re-concebir la ciudadanía como ‘estrategia política’ sirve para abarcar las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad, y, a la vez, para entender el lugar relativo de estas prácticas dentro del orden democrático y buscar nuevas formas de legitimidad estructuradas en forma duradera en otro tipo de Estado. Supone tanto reivindicar los derechos de acceder y pertenecer al sistema sociopolítico como el derecho a participar en la re-elaboración del sistema, definir por tanto aquello en lo cual queremos ser incluidos. Al repensar la ciudadanía en conexión con el consumo y como estrategia política, buscamos un marco conceptual en el que puedan considerarse conjuntamente las actividades del consumo cultural que configuran una dimensión de la ciudadanía, y trascender el tratamiento atomizado con que ahora se renueva su análisis...” (García Canclini, Néstor, 1995: pp 19-21)

21. Este punto de vista se deriva de la discusión presentada por George Marcus, 1994: pp. 15

22. A pesar de la intensa polémica existente sobre este punto, apoyamos nuestra posición en los sólidos y relevantes argumentos esgrimidos exitosamente por autores relevantes a nuestra perspectiva como García Canclini y Marcus (*op.cit.*)

23. “El habitus es, en efecto, a la vez principio generador de prácticas objetivamente clasificables, y sistema de clasificación (*principium divisionis*) de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen el habitus, la capacidad de producir prácticas y obras clasificables, y la capacidad

de diferenciar y apreciar tales prácticas y sus productos (gusto), que se constituye el mundo social representado, es decir, el espacio de estilos de vida [...] Estructura estructurante que organiza las prácticas y la percepción de las mismas, el habitus es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es, él mismo, producto de la incorporación de la división en clases sociales. Cada condición es definida, inseparablemente, por sus propiedades intrínsecas y por las propiedades relacionales que debe a su posición en el sistema de condiciones que es, a la vez, un sistema de diferencias, de posiciones diferenciales, es decir, por todo aquello que la distingue de lo que no es, y en particular de aquello a lo que se opone: la identidad social se define y afirma en la diferencia [...] El habitus, como sentido del juego es el juego social incorporado, vuelto naturaleza [...] El habitus, como social inscrito en el cuerpo, en el individuo biológico, permite producir la infinidad de los actos de juego que están inscritos en el juego en el estado de posibilidades y de exigencias objetivas; las coerciones y las exigencias del juego, por más que no estén encerradas en un código de reglas, se imponen a aquellos -y a aquellos solamente- que, porque tienen el sentido del juego, es decir el sentido de la necesidad inmanente del juego, están preparados para percibirlos y cumplirlas...” (Bourdieu, 1988: pp.71/91)

24. Es nuevamente Bourdieu quien ofrece una perspectiva que contempla a las clases sociales no sólo como un juego de posiciones estructurales distintas en relación con los medios de producción, sino que además incluyen necesariamente el consumo, a través de la importancia dada a los estilos de vida generados a partir de éstos: “La clase social no es definida por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital), ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, edad, de origen social o étnico —blancos y negros, por ejemplo, originarios e inmigrantes, etc.—, de ingreso, nivel de instrucción, etc.), ni tampoco por una cadena de propiedades, todas ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición con respecto a las relaciones de producción), en una relación de causa-efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confieren su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que éstas ejercen sobre las prácticas [...] Va de suyo que los factores constitutivos de la clase construida no dependen unos de otros en el mismo grado, y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos que tienen el peso funcional más importante: es así que el volumen y la estructura del capital otorgan su forma y su valor específicos a las determinaciones que los otros factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas...” (Bourdieu, 1997: pp. 117 y ss.)

25. Debemos precisar, que, en realidad, “Lo que llamamos ‘estructura’ no es, de hecho, sino el esquema o figuración, de los individuos interdependientes

que forman el grupo o, en un sentido más amplio, la sociedad. Lo que denominamos 'estructuras' cuando vemos a las personas como sociedades son 'figuraciones' cuando las vemos como individuos. Las figuraciones constituyen el núcleo central de la investigación cuando se estudian los deportes..." Elías y Dunning, 1996: pp. 190.

26. Con el fin de aclarar más nuestra alusión transcribimos la siguiente cita, extractada de la obra referida: "Siendo una imagen, una ficción, un modelo, una metáfora, la riña de gallos es un medio de expresión; su función no consiste ni en mitigar las pasiones sociales ni en exacerbarlas (aunque este jugar con fuego determina un poquito de ambas cosas), sino que consiste en desplegarlas en medio de plumas, sangre, muchedumbre y dinero [...] sólo en la riña de gallos se revelan con sus colores naturales, los sentimientos en que dicha jerarquía [social, n.p.] reposa. Envueltos en una niebla de etiqueta, en una espesa nube de eufemismos y ceremonias, de gestos y alusiones en todas las otras esferas, esos sentimientos se expresan en la riña sólo con el disfraz más tenue de una máscara animal, una máscara que en realidad los muestra más efectivamente en lugar de ocultarlos..." (Geertz, 1987: pp. 364 y ss.)